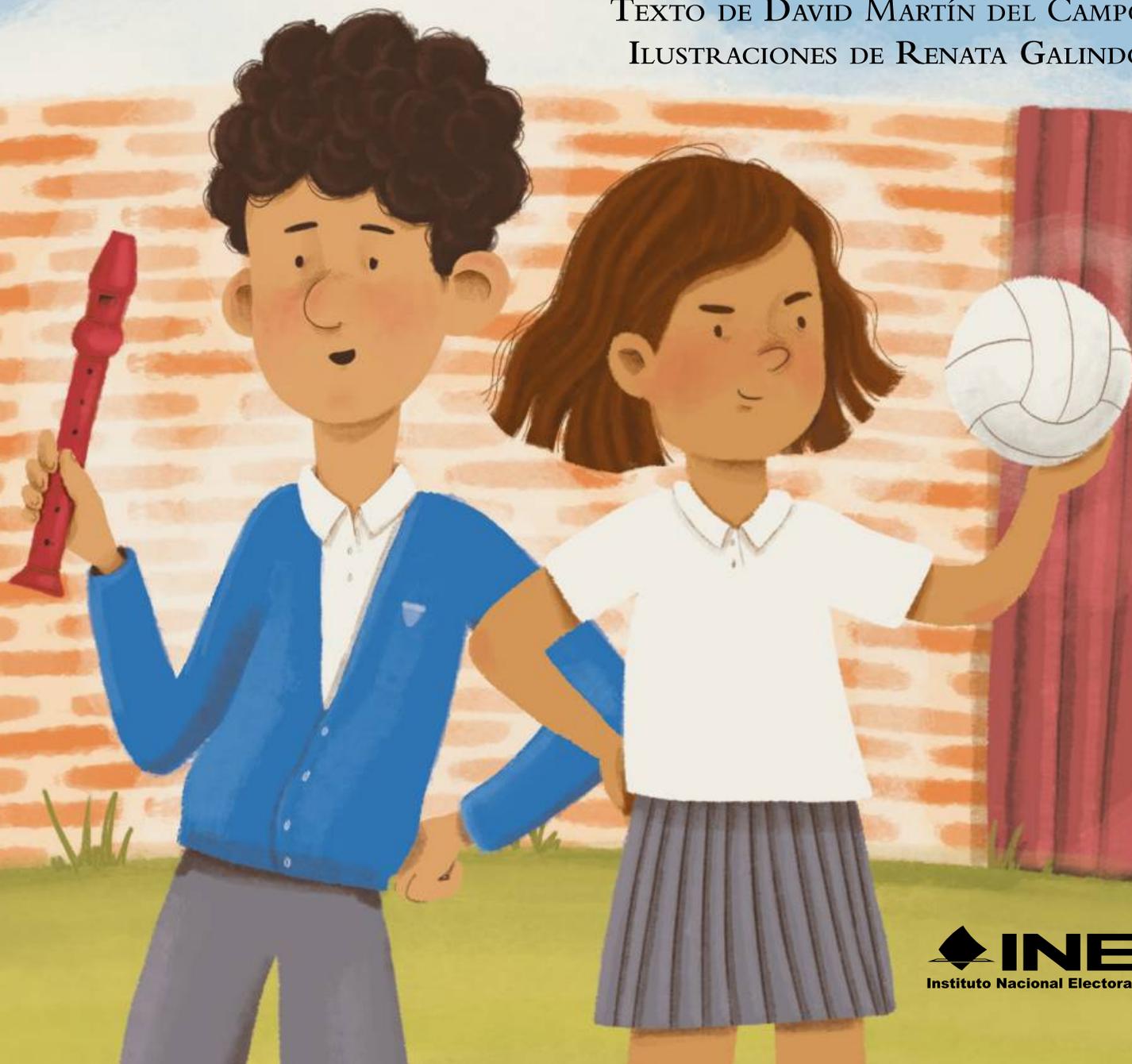


¿MOZART O VOLEIBOL?

TEXTO DE DAVID MARTÍN DEL CAMPO

ILUSTRACIONES DE RENATA GALINDO





DAVID MARTÍN DEL CAMPO (1952) cursó la carrera de Comunicación en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde realizó también estudios de cinematografía. Ha ejercido el periodismo cultural en distintos medios. Su oficio literario suma la publicación de más de 40 libros (novela, crónica, biografía). Entre sus novelas cabe destacar: *Las rojas son las carreteras*, 1976; *Isla de lobos*, 1986; *Dama de noche*, 1989; *Alas de Ángel* (Premio Internacional Diana, 1990); *El año del fuego* (Premio Nacional de Literatura IMPAC Monterrey, 1996); *Cielito lindo*, 2000; *El azul de Van Gogh*, 2003; *Las siete heridas del mar* (Premio Mazatlán de Literatura, 2012); *La niña Frida*, 2017, y *Ahí viene el lobo*, 2023. Ha publicado igualmente libros dirigidos al público infantil y juvenil: *El tlacuache lunático*, 1989; *El hombre del Iztac* (Premio Juan de la Cabada, 1995); *Zum-zum, la mosca*, 1999; *Tú no existes*, 2007; *Azul y buenas noches*, 2009; *Matías tiene cinco amigos*, 2018; *La historia del hielo*, 2022; *Obvio*, 2022, y *La rebelión de los felices*, 2023.

¿MOZART O VOLEIBOL?

Instituto Nacional Electoral

Consejera Presidenta
Lcda. Guadalupe Taddei Zavala

Consejeras y Consejeros Electorales
Mtro. Arturo Castillo Loza
Norma Irene De La Cruz Magaña
Dr. Uuc-kib Espadas Ancona
Mtro. José Martín Fernando Faz Mora
Carla Astrid Humphrey Jordan
Mtra. Rita Bell López Vences
Mtro. Jorge Montaña Ventura
Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas
Mtro. Jaime Rivera Velázquez
Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Encargada de despacho de la Secretaría Ejecutiva
Mtra. Claudia Edith Suárez Ojeda

Encargado de despacho del Órgano Interno de Control
Lic. Luis Oswaldo Peralta Rivera

Directora Ejecutiva de Capacitación Electoral
y Educación Cívica
Lcda. María Elena Cornejo Esparza

¿MOZART O VOLEIBOL?
Primera edición, 2024

Texto: David Martín del Campo
Ilustraciones: Renata Galindo
Coordinación editorial: Teresa Vicencio Álvarez
Edición: Ana Arenzana
Investigación: María Elena Álvarez Bernal
Corrección de estilo: Martha Elena Lucero
Diseño Gráfico: Juan José Colsa

D.R. © 2024, Instituto Nacional Electoral
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,
col. Arenal Tepepan, 14610, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-9218-99-7
ISBN volumen impreso: 978-607-8870-93-6
ISBN obra completa electrónica: 978-607-8697-42-7
ISBN volumen electrónico: 978-607-8870-90-5

Impreso en México/*Printed in Mexico*
Distribución gratuita. Prohibida su venta

¿MOZART O VOLEIBOL?

Texto de David Martín del Campo
Ilustraciones de Renata Galindo

PRESENTACIÓN

¿*Mozart o voleibol?* es una propuesta literaria de la colección **Árbol**, que el Instituto Nacional Electoral ofrece con la intención de difundir, de manera sencilla y amena, temas que contribuyen al fortalecimiento de los valores democráticos, al mismo tiempo que propicia la formación de lectoras y lectores analíticos, críticos y participativos.

Hoy en día, muchas sociedades se caracterizan por su naturaleza individualista, la cual favorece una insana competencia entre sus integrantes, al olvidar que somos seres sociales y formamos parte de comunidades para cuyo desarrollo se requiere la participación del total de sus miembros desde la infancia. Por ello, esta publicación pretende que las niñas y los niños reflexionen en lo que significa el bien común: aquel que permite que todas las personas alcancen armónicamente diferentes objetivos que les beneficien.

¿Qué significa lograr un consenso?, ¿cómo se construye?, ¿por qué es importante tomar en cuenta opiniones contrarias y expresar las nuestras sin ofender ni desacreditar las de otras personas? Esto y mucho más puede explorarse a través de la narración que el autor nos ofrece, para situarnos en la circunstancia de una comunidad escolar que tiene que ponerse de acuerdo y tomar decisiones para su propio beneficio.

La publicación incluye, a manera de anexo, el apartado “Para reflexionar y dialogar”, con el fin de que las personas adultas, familiares y docentes, además de disfrutar del cuento, puedan conversar con las infancias sobre el tema, escuchar cómo viven circunstancias similares en su entorno y recordar que para vivir en democracia es importante escuchar, aprender a analizar la realidad y construir una opinión propia con respeto a las de las demás personas. Esperamos que sea de su agrado.

¿Mozart o voleibol?

Dormía, dormía cuando algo la sobresaltó entre sueños. Se revolvió en las sábanas, apretó la almohada y supo, definitivamente, que había despertado. Qué fastidio eso de ser arrebatada a media noche del suave descanso, abandonar las fantasías, no recordar bien ese extraño delirio y, encima, estar llorando.

Rebeca tenía casi doce años y ahora necesitaba un pañuelo, secarse las lágrimas con algo más que las mangas de su pijama. ¿Ir con sus padres, a esa hora, para que la consolaran? ¿Con su hermano Alberto en la otra recámara? ¿Y qué decirle?

—Estaba soñando no me acuerdo qué, luego desperté llorando.

Beto rezongaría:

—Ya vete a dormir, Rebe... son las tres de la madrugada. Mañana hay que ir al colegio.

Y tendría razón.

Trató de serenarse. Entonces recordó las vacaciones en Puerto Vallarta, aquellas dos semanas de sol y regocijo. Ahora no existía nada de eso: el oleaje, la alberca, las tardes de jugar voleibol en la playa. Quiso adivinar la hora en el reloj despertador, sólo que la penumbra no le permitía mirar más que sombras. Sombras sobre las sombras, y las voces volvieron a resonar en su cabeza... ¡la cancha!, ¡el auditorio!, ¡un bonito huerto! Eran frases, y gritos, de toda la escuela.

Y todo porque Rebeca, en la playa del hotel, se había revelado como una extraordinaria rematadora. Saltaba en el último momento y rozando casi la red daba un tremendo golpe al balón, que dejaba como lelos a los jugadores del equipo contrario.





La cancha, sí, ésa había sido su petición. Que se construyera una cancha de voli ahora que el instituto había sido premiado, tan de sorpresa, con ese donativo.

Recordó las palabras del maestro Ledesma en el patio del colegio. Había sido en la mañana del día anterior, después de los honores a la bandera. El director del plantel, micrófono en mano, les compartió aquello.

—Les tengo una buena noticia: el ayuntamiento de la ciudad ha decidido donarnos el terreno adjunto, quinientos metros cuadrados, para que ahí se construya una instalación complementaria para el desarrollo de las actividades deportivas, o artísticas, del alumnado. Y encima nos asignarán un fondo en metálico para costear la obra.

Y mientras unas y otros se preguntaban qué podría significar eso de *en metálico*, hubo quienes comenzaron a gritar:



—¡Una cancha de fútbol!

—¡No, un auditorio!

—¡Un gimnasio!

Y en tanto recordaba aquel festejo en mitad del patio escolar, Rebeca volvió a quedarse, finalmente, dormida.

Horas después, al desayunar a toda prisa, recordó las lágrimas que le humedecieron la pijama. Había sido por la discusión con Toño, su amigo, a la hora del recreo.

Antonio Talancón era uno de los alumnos más destacados del grupo. Ocho en Lengua, nueve en Vida saludable y diez en Formación artística. De hecho, recibía clases particulares con un maestro de piano y siempre cargaba una flauta en su mochila. A veces se aislaba en un rincón del patio para practicar *Yesterday*, de los Beatles.



No es que Toño fuera un chico especial, triste o sensible. Tenía su misma edad y asistía al mismo salón que ella. A ratos era relajiento y divertido, pero lo suyo eran las notas del pentagrama. Le había dicho esa tarde al salir de clases:

—Pues dirás lo que quieras, Rebe, ya sé que el deporte es muy bueno para la salud, pero el arte es importantísimo en nuestras vidas. Por eso creo que lo que necesitamos es un auditorio escolar para organizar un coro, una rondalla, una pequeña orquesta estudiantil... ¿Cancha de fut? ¡En cualquier esquina de la calle se puede echar una cascarita...!

Entonces ella le había gritado cosas horribles:

—¡Eres un aburrido, por eso sólo te gusta la música clásica! ¡Aplatanado! ¡Muñequito de porcelana! ¡Enemigo del deporte!







Antonio ya no respondió nada. Se acomodó en la banca del patio, sacó su flauta de la mochila y se puso a tocar una melodía que sonaba un poco triste.

Ese día, poco antes del primer recreo, el director Ledesma se presentó en el salón de clases. Entró así nomás, dando tres toques en la puerta.

—Buenos días. No se levanten. Ya se imaginarán a qué vengo.

—Sí, claro —se adelantó Gumaro Mendoza, el profesor titular—. Hay que designar la escolta para la celebración del Día de la Bandera.

—No precisamente, no precisamente —se disculpó el director del instituto—. He venido porque estamos haciendo un sondeo, o una encuesta, como ahora les llaman.

—¿Una encuesta? —insistió el profe Gumaro.

—Pues sí, porque ha causado mucha inquietud el ofrecimiento del cabildo para desarrollar el proyecto ése en el terreno que hay detrás del colegio. Ya se los mencioné el lunes pasado: será la obra que nosotros decidamos.

Para aprovechar la oportunidad, el profe Gumaro se adelantó:

—Pues yo pienso que nos vendría muy bien erigir un teatro para la escenificación de eventos. Ahí podríamos homenajear a nuestro lábaro patrio como lo hacemos todos los lunes a primera hora.

—Muy bien, profe Mendoza —celebró el director—, pero también me gustaría conocer la opinión del alumnado. Ya visité los grupos de quinto año; ahora les toca el turno a ustedes, para saber qué piensan de esta coyuntura.

—¡Que construyan una alberca olímpica! —intervino Carlitos Ibarrola—. Sirve que aprendo a nadar...

—¡No, no! —alzó la mano Úrsula Benavides—. Que hagan un museo de muñecas. Yo tengo ocho *Barbies* en casa; podría prestar algunas.

—¡No! ¡Una pista de boliche! —gritó Nuncio, que se sienta hasta atrás del salón—. Mi papá fue campeón de su club el año pasado...

Y así los demás:

Un campo de beisbol. Una sala de cine. Una pista de *skate-board*. Una montaña rusa. Una pista de patinaje en hielo. Un balneario con toboganes. Un salón para hacer concursos de *scrabble*.

El director Ledesma iba tomando nota de todas aquellas sugerencias. Llevaba un cuadernito y un lápiz, y hacía muecas al escuchar una y otra propuestas.







Como vio que se evaporaba su oportunidad, Rebeca se alzó en su lugar y exclamó:

—¡No, no! Mejor una cancha de voleibol. Es el mejor deporte del mundo —exageró.

—De futbol, querrás decir —la corrigió el compañero Fabricio.

—No, he dicho de voleibol. Una cancha profesional con domo y duela, como las de los juegos olímpicos. Aunque si el presupuesto no alcanza, que sea una cancha de voleibol de playa, que es el deporte más divertido del mundo —volvió a exagerar.

—¿Y eso, muchacha, cómo lo sabes? —preguntó el director.

Rebeca extendió las manos para explicar:

—En las vacaciones lo practicaba a diario en la playa de Puerto Vallarta. Soy una campeona en remates.

—Sí... una loca de remate —se burló Nuncio.

—¡No te pases! ¡No te pases de listo! Claro, como eres tan torpe para hacer deporte...



Y comenzó la gritadera.

—¡Pero... si el beisbol es el rey de los deportes!

—¿Por qué no mejor una cancha para jugar a las matatenas?

—¡Un escenario para conciertos! ¡Una rondalla con guitarras y mandolinas!

—¡Pista de hielo! ¡Pista de hielo! ¡Pista de hielo!

—¡Un auditorio, para invitar a Luis Miguel y a Gloria Trevi!

—¡Un velódromo!

—¡Las maquinitas de videojuegos son la mejor preparación para la inteligencia artificial!



Entonces hubo una serie de aplausos graves: uno, dos, tres... Era el director Ledesma que alzaba la voz:

—¡Ejem, ejem! Calma por favor...

Y el profe Gumaro lo apoyó:

—Orden... orden o viene el castigo. Ya saben: diez planas con la sentencia “Debo guardar equilibrio y concordia en todo lugar y en todo momento”.

De ese modo se hizo “la paz”, pero el conflicto no se había solucionado.

—Bueno —concluyó el director Ledesma—. Ya he tomado nota de sus inquietudes.

—Disculpe, señor director —se adelantó el profe Gumaro—. Es que esa novedad nos ha generado mucha inquietud. Y cada cual defiende su idea como si fuera la mejor del mundo.

Y al dirigirse a la puerta para continuar la consulta en los demás salones, el director se detuvo de pronto. Le había llamado la atención una manita alzada en el centro del salón. Era Ana Zurita, la más tímida del grupo.

—Anda, sí, Anita —la animó el profe Gumaro—. Di lo que tengas que decir, antes de que se vaya el maestro Ledesma.

La niña era linda, menuda, igual que una muñequita animada. Se alzó del pupitre, y tomando aire se dio ánimos para exponer:

—Lo que yo creo, señor director, es que en ese predio, independientemente del teatro, auditorio o gimnasio que se proponen construir, deberían dejar un espacio para un jardín. Un huerto, un parquecito con árboles y, quizá, algunos cultivos: lechugas, zanahorias, fresas. Y rosales y gladiolos. Algo no demasiado complicado, de lo que podríamos aprender. La naturaleza estuvo aquí antes que nosotros, los *homo sapiens*, y por lo mismo debemos respetarla. Ésa es mi opinión, señor director. Muchas gracias por escucharme.

Se hizo el silencio. Hubo un par de aplausos, el profe Gumaro la felicitó y luego todos hicieron lo mismo —¡bravo!, clap, clap, clap— hasta que se despidió el director del Instituto Libertad.

Dos días después, Rebeca se topó con su amigo Toño en la fila de la tiendita. De momento no supo qué decirle.

—¿Vas a comprar un sándwich? —le dijo (algo había que decirle).

—No, Rebe, un chocolate. Es lo segundo de la vida que me hace feliz —le respondió.

Se puede vivir sin chocolate. Se puede vivir sin sándwiches. Pero, ¿se puede vivir sin jardines? Rebeca no dejaba de pensar en la inusual propuesta de su compañera Ana.

—Te debo una disculpa —le dijo a Toño.



—¿Por lo de la discusión del otro día? —sonrió el muchacho—. No te preocupes. El arte musical, contra lo que algunos piensan, no sólo implica alegría y jolgorio. La música siempre acarrea sus problemas... “Muñequito de porcelana”, ¿eso me dijiste el otro día?

—Perdóname.

—Nunca me habían llamado así —Antonio balanceaba la cabeza—. Se me hizo muy gracioso y se lo platicué a mi papá, que me dio un coscorrón. “A ver si no se rompe tu cabecita de porcelana”, me cotorreó.

—Es que lo del proyecto ése nos tiene muy nerviosos. Deporte, arte, ecología, como si fueran tres partidos políticos. Todos defienden sus intereses.

—Pues sí. En casa, mi hermano Luis y yo discutimos lo mismo. Supongo que es normal. No siempre se puede tener la razón, aunque hay que saber defender nuestras ideas —Toño estuvo a punto de sacar de la mochila su flauta, pero se contuvo—. Resulte lo que resulte, yo creo que será mejor que mantener ese terreno ahí como criadero de ratas.

Rebeca suspiró. ¿Es que nadie entendía la importancia de una cancha de voleibol?



—Oí que el director quiere hacer una asamblea para lo mismo —comentó para tratar de hacer las paces—. Que vayan algunos docentes o sus representantes, al igual que los alumnos más destacados...

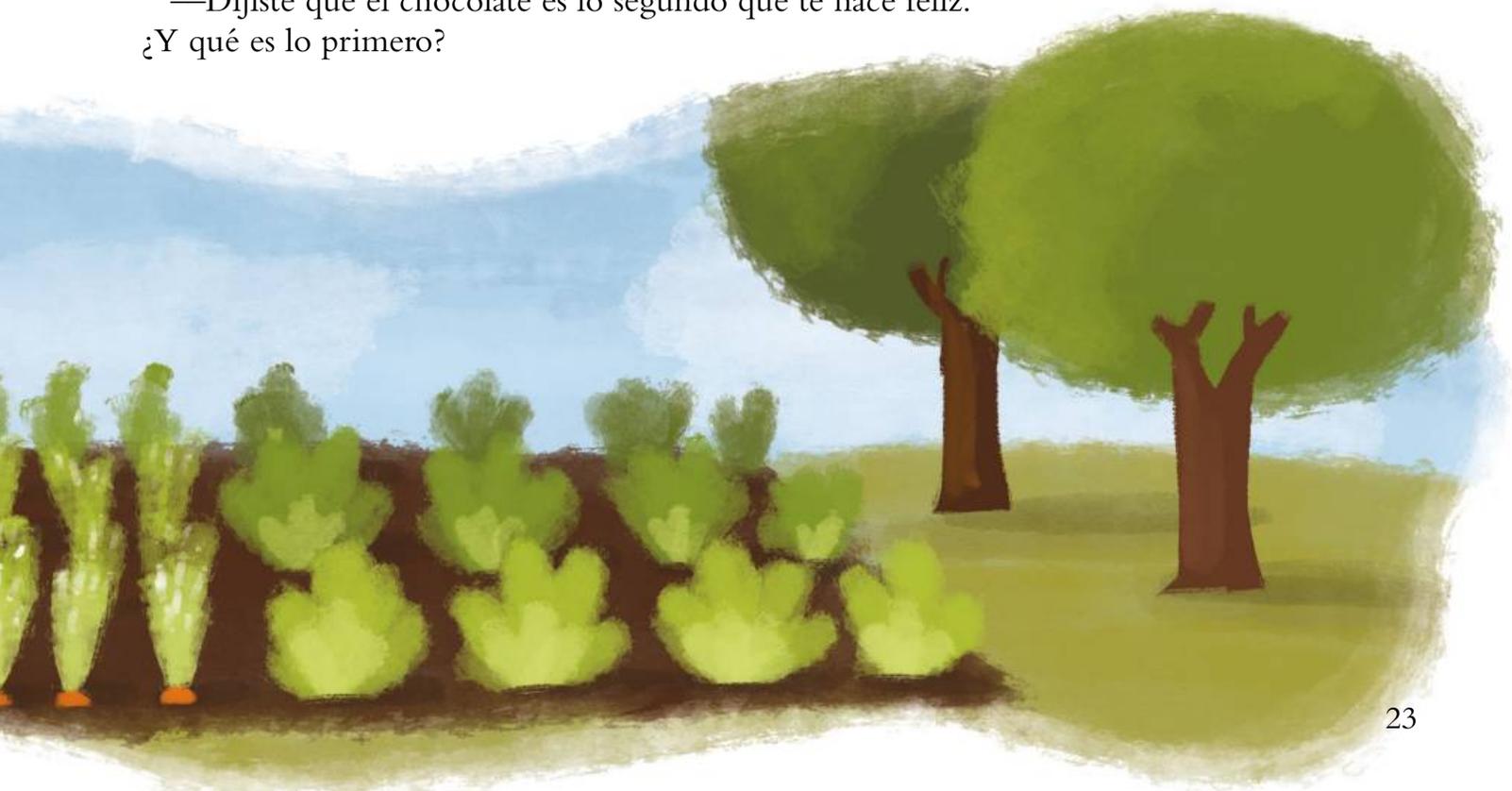
—Supongo que Ana Zurita, desde luego, irá como nuestra embajadora. Habrá que ver qué resulta de esa reunión. A ver quién convence a quién...

—Como siempre —Toño arqueó las cejas—. Unas ideas pesan en cierto sentido, y otras en sentido diferente; porque todas las ideas pesan. Es lo que pienso.

—Oye, Toño —parecía que ella no le había prestado atención—, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro, Rebe. ¿Cuál?

—Dijiste que el chocolate es lo segundo que te hace feliz. ¿Y qué es lo primero?



Toño volvió a sonreír. Señaló hacia el sur, donde estaba el terreno en conflicto.

—Un auditorio, un gimnasio, un huerto... Nos podríamos pasar la vida discutiendo sobre eso —adelantó un paso y pidió dos chocolates a la señora de la tiendita—. Lo primero que me hace feliz, Rebeca, es Mozart.

—¿Mozart?

—Wolfgang Amadeus era su nombre. Ponlo en tu *spotify*, aunque supongo que ya lo habrás escuchado.

—Sí, claro —se defendió Rebeca—. Obvio.

—Entonces ya sabes de qué estoy hablando. Hay que ser felices de uno o de otro modo y compartir la felicidad. ¿No quieres un chocolate? —dijo al ofrecérselo.

El famoso “parlamento escolar”, como lo llamó el director, fue el viernes a mediodía. Asistieron varios docentes (sobre todo profesoras, que eran mayoría en el colegio) y estudiantes que representaban su grado escolar. El profe Gumaro envió a su consentida, la pequeña Ana Zurita, lo mismo que a Toño y a Rebeca:

—Sólo les pido que defiendan sus puntos de vista con argumentos, no con gritos, y ya veremos a qué conclusión llegan.

Para su sorpresa, en la oficina del director estaban, además de varios profesores y una docena de estudiantes, dos representantes del cabildo enviados por el alcalde. Ellos decidirían.

Una vez que estuvieron reunidos, el maestro Ramiro Ledesma, que era su nombre completo, saludó al mismo tiempo que revisaba su reloj:

—Buenas tardes. Les doy la bienvenida a esta apretada oficina, ahora que discutiremos sobre el uso y destino del predio que linda al sur con este instituto, 500 metros cuadrados, que ha





tenido a bien cedernos el H. Ayuntamiento de la ciudad que preside el licenciado Hugo Torrentera, para quien pido un aplauso... en su ausencia.

Clap, clap, clap, palmearon con entusiasmo, hasta que el director Ledesma advirtió:

—Sólo les recuerdo dos cosas, que en realidad son tres: primero, que allá atrás hay dos jarras de agua, una de limonada y otra de jamaica, para que cada bando acuda a refrescarse si se da el caso. Segundo, que no alcen demasiado la voz. Nada de gritos ni manoteos. Cada cual tendrá uno, o dos turnos, para exponer sus ideas, que les suplico no les lleve más de cinco minutos porque, tercero, les recuerdo que el turno escolar concluye a las catorce horas con treinta minutos y todos deberemos retirarnos a comer, que es muy buena cosa. Así que, maestra Diana, ¿podemos escuchar su punto de vista?

—Lo que yo pienso, si se me permite —inició su argumentación la profesora, que usaba anteojos de aro—, es que ese predio bien podría utilizarse para erigir un teatro escolar... digamos un auditorio, donde se efectuasen las ceremonias escolares, conciertos, recitales poéticos y de otro tipo, además de exhibiciones cinematográficas y algunas obras teatrales. Un auditorio para, más o menos, trescientas personas, que es la matrícula escolar. Es mi opinión, si se me permite.

Rebeca le soltó un leve codazo a Toño, que permanecía sentado sobre la alfombra, junto a ella.

—Un punto a tu favor —le secreteó.

El director se levantó del escritorio donde presidía la reunión y comentó:

—Muy bien, maestra Diana. Ahora, ¿podemos escuchar su argumentación, profesor Apolonio?

El profe Apolonio iba en camiseta. Era el instructor gimnástico, además de entrenador de los equipos deportivos de fut y básquet, que practicaban en el patio de recreo.

—Pues lo que yo pienso, en efecto, es que ese terreno bien que puede servir para levantar dos canchas de fut, tres de básquet, incluso una de beis y hasta una pista de atletismo que le dé vuelta todo alrededor. En efecto. Ya la medí, tendría 250 metros de arcilla sobrados. Y eso de la cosa poética, los dramas y las teatralizaciones, pues sí, en efecto, más lueguito. En el teatro del ayuntamiento, ahora que reparen las goteras, creo que hay cancha. Es mi opinión de siempre, porque eso sí, “mente sana en cuerpo sano”, y si se está más sano, pues hay más mente, ¿no le parece?

Hubo algunos murmullos y carraspeos, que el director Ledesma acalló con un gesto. Apoyó las manos en el escritorio para anunciar:

—Ahora toca turno a la profesora Janet, de quinto grado, y que el año pasado ganó el certamen de ciencias “Isaac Ochoterena”. ¿Qué nos quiere proponer usted?

—Bueno, yo amo la ciencia —empezó su alocución la mentora Janet García—. La ciencia lo es todo, o casi todo, y sin ella no habría ningún progreso. Nuestro alumnado necesita ejercitarse en ella; bueno, es lo que pienso. En esa extensión de suelo bien podría construirse

un edificio de laboratorios: una academia, la “Academia Julieta Fierro”, con laboratorios de Química, Biología y desde luego Física, más un modesto observatorio astronómico en la azotea; bueno, los telescopios ya no son tan caros. Todo cabría en tres pisos y nuestros estudiantes serían como pequeños Einstein o pequeñas Madame Curie en potencia. Bueno, es lo que pienso. Muchas gracias.

Y así el resto de la plantilla de profesores, mientras el director Ledesma revisaba su reloj-pulsera. Un liceo literario, un velódromo, una galería de arte moderno, una fosa olímpica de clavados, un taller de pintura y grabado, una cancha para practicar el *hockey* sobre pasto, una sala de conciertos con estación radiofónica incluida, cinco canchas de tenis con baños y vestidores. Nadie se apocaba en sus propuestas, y el director iba tomando notas y más notas ante el gesto alarmado de los enviados por el cabildo.

Al final tocó turno a las propuestas más descabelladas.





—Hay que construir un campo internacional para concursos de canicas —dijo Daniel Muñúzurri—. Sería el primero en el mundo, además de que yo soy campeón en las chiras-pelas. Hasta podría venir el presidente para inaugurarlo. ¿No les parece una idea genial?

—¡Estás loco! —le gritó Beatriz Arce—. Es la peor iniciativa que he escuchado en mi vida. Canicas... ¡Ya nadie juega a las canicas! Ahora es el tiempo del Internet y los videojuegos. Piensas como los niños del siglo pasado... canicas, balero, trompo. Esos juguetes ya pasaron a la historia; no seas menso. ¡Lo de hoy es la *play-station*! Y eso es lo que deberían construir: una sala inmensa de videojuegos.

—Oigan a Bety la *nerd*... —murmuró Lalo Barberena—. ¡Cálmate, niña prodigio! La neta de la metaneta es el rock. ¡El *heavy-metal*, el *regatton*, pues! Grupos como The Strokes, Flying Colors, Marilyn Manson, Deep Purple, Shame, Black Pistol, incluso Smashing Pumpkins... Así que lo que se debe construir es un escenario *punk* al aire libre. Un Woodstock a la mexicana. ¡El rock es *forever*!

—Pero... pero —trató de intervenir el director Ledesma.

—¿Y el deporte, Lalo? Ésas son ideas de tus abuelos... Elvis Presley, Janis Joplin, Mick Jagger, que más merecen un museo arqueológico —Rebeca había saltado en mitad de la sala—. El voleibol es el deporte más completo del mundo. Corres, saltas, ruedas en la cancha, te coordinas con el equipo. Imaginen una cancha de voleibol con duela y domo, si alcanza el presupuesto; y si no, varias canchas para voleibol de playa, igual que en Puerto Vallarta. ¡El *rock and roll* va a cumplir un siglo, Barberena!, ¿no se te podía ocurrir algo peor?

—¿Pero qué dices, niña?! —clamó el flaco Hinojosa—. Voleibol y fútbol se pueden jugar, de hecho, en el patio de recreo. Lo que necesitamos es un escenario para el gran teatro del mundo. Montar comedias y tragedias de Moliere y de Shakespeare, Eurípides, Antón Chejov, Óscar Wilde, Bertolt Brecht; *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca; *Luces de Bohemia*, de Valle Inclán; incluso *Rosa de dos aromas*, de Emilio Carballido —el muchacho estaba inspirado—. ¡El teatro es la vida y la vida no es más que teatro! ¿Videojuegos, voleibol, rock pesado? ¡Ésas son tonterías!

—Eres un necio, ¡a nadie le interesa el teatro! Quienes pretenden hacer teatro creen que se van a hacer famosos y salir en la televisión.

—¡Lo que pasa es que no me supe explicar! —gritó Muñúzurri—. El juego elemental son las canicas; el que no sabe jugar canicas... ¡es un estúpido!

—¡Estúpido tú y tus ñoñeces!

—¡Tercos! ¡Tercos! ¡Lo de hoy son los videojuegos!

Antonio Talancón se alzó y entre los gritos empezó a exponer:

—Escúchenme, escúchenme, por favor. Lo que pienso es que un auditorio con salones para practicar distintos instrumentos...

—El que maneja una *play-station* puede gobernar cualquier dron, y el que maneja un dron... ¡dominará el mundo!



Antonio trató de continuar con su argumentación:

—...instrumentos como la flauta, el piano, la guitarra, el saxofón, el violín... en fin. Escuchar a Mozart, Vivaldi, Agustín Lara. Algo que nos permita educarnos más en la música, arte sin el cual la vida humana sería algo no humano —pero ya nadie le hacía caso.

—¡Canicas!

—¡Rock!

—¡Laboratorio!

Ramiro Ledesma percibió que la asamblea se le iba de las manos. Había ocurrido lo peor. Todos gritaban, nadie escuchaba. Alzó nuevamente las manos y carraspeó varias veces.

—Ejem. Chicas, chicos, por favor.



El silencio volvió al recinto. Los invitados se miraban con asombro, complicidad y antipatía. Cada cual sus ideas.

—Veo que no podemos llegar a un consenso. Y así las cosas, pues el ofrecimiento del cabildo se perderá.

—¿Qué? ¡Cómo! —se oyeron gritos de protesta.

La acalorada discusión continuaba.

—Pues sí, muchachos. Mírense: unos descalifican a otros. Se ofenden, se insultan y ni siquiera tratan de entender las demás propuestas. “Como no piensas como yo, eres un imbécil”, pareciera ser la lección de esta asamblea. Así que, me parece, la daremos por concluida, a menos que logremos el consenso.

—¿Que logremos qué? —preguntaron todos.

—Con-sen-so, que significa que podamos escuchar todas las voces y nos pongamos de acuerdo, que tomemos en cuenta las diferentes opiniones y lleguemos a una propuesta con la que todas y todos estemos conformes.

En eso, el director guardó silencio. Una vocecita en mitad del salón lo distrajo:

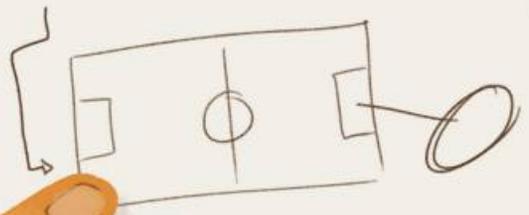
—Maestro Ledesma, ¿me permite la palabra?

Era Ana Zurita, la alumna de quinto año. Levantaba la mano con timidez.

—A ver, niña, ¿qué quieres? —gruñó el director aguantando una mueca—. Te escuchamos.

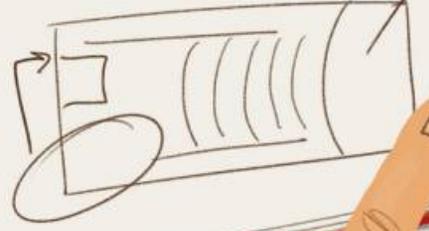
CANCHAS DEPORTIVAS

209 m² x \$\$\$



pasto

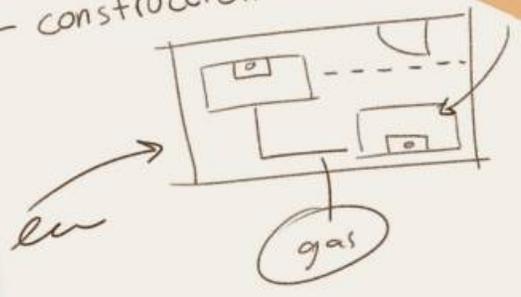
AUDITORIO



lu

LABORATORIOS

- equipo
- construcción
- material \$



lu

gas

VELÓDROMO



lu

2



—Lo que creo, señor director, es lo que le dije la otra vez. Y creo que mi humilde propuesta concilia muchas de las ideas aquí expuestas con tanta... vehemencia —se permitió una sonrisa—. Pienso que sí se pueden aprovechar los espacios del predio que nos están ofreciendo, otorgando a cada propuesta su “cuota de razón”, por así llamarla. A ver si me explico. Habría que dejar un sector para cultivar un bonito jardín, tal vez un huerto, donde se sembraran varios árboles que ofrecieran la frescura de su follaje, y desde luego algunos setos con rosales, claveles y otras flores similares. Eso añadiría belleza y serenidad al colegio. Además, ya hice cuentas. Creo que es posible construir un modesto centro deportivo donde se practicara, indistintamente, el voleibol, el fútbol rápido, el básquet. Y también, en la otra mitad del terreno, hacer un teatro medianito para conciertos y recitales donde practicara una orquesta estudiantil y un coro; además, desde luego, que los interesados en el teatro montaran ahí las obras que quieran. Todo se puede. Acuérdense, están por derruir el viejo cine Colonial del centro, así que podrían aprovecharse sus butacas, que son 190... ya las conté, y los ladrillos que resulten de su demolición. O sea, casi gratis. Por aquí tengo un boceto que hice en mi cuaderno —lo mostró—. Y sí, el espacio alcanza para todo, y todo mundo contento y a colaborar, que de eso se trata la educación en la sociedad. ¿O me equivoco? Muchas gracias por su tiempo.

Hubo un murmullo general de aprobación.

—Mmm...

—Pues sí.

—No suena mal.

—Eso del cine Colonial —intervino uno de los enviados del cabildo— es verdad. Me parece que ciertamente se podría aprovechar todo ese material antes de convertirlo en cascajo. Y lo del deportivo de uso múltiple, me parece genial. Creo que recoge, y resume, la mayoría de las propuestas aquí presentadas. Estoy seguro de que el alcalde Torrentera aprobará de buen gusto esta propuesta que, me parece, reúne de algún modo todas las iniciativas.

—Menos el estadio para el concurso de canicas, ¿verdad? —bromeó el director.

—No, sí —volvió a intervenir Zurita—. Bajo los árboles se puede jugar muy bien a las canicas. Yo aprendí con mis primos.

Al ofrecerle un guiño de admiración, el director Ledesma se encargó de anunciar:

—Muy bien. Parece que hemos zanjado la discusión en sus términos más racionales. Y por lo visto tendremos un conjunto recreativo que elevará el nivel educativo de este centro escolar y de la comunidad entera, quiero suponer. Así damos por concluida la discusión, que ha sido muy productiva, y les doy las gracias por su colaboración. Ésta es su casa. Ahora vamos a comer, que ya hace hambre.

Hubo una carcajada general, aplausos y vítores de celebración. También abrazos, saludos y sonrisas. Todo con buen tino era posible. Rebeca le dio un abrazo a Toño, y Toño otro a Rebeca.

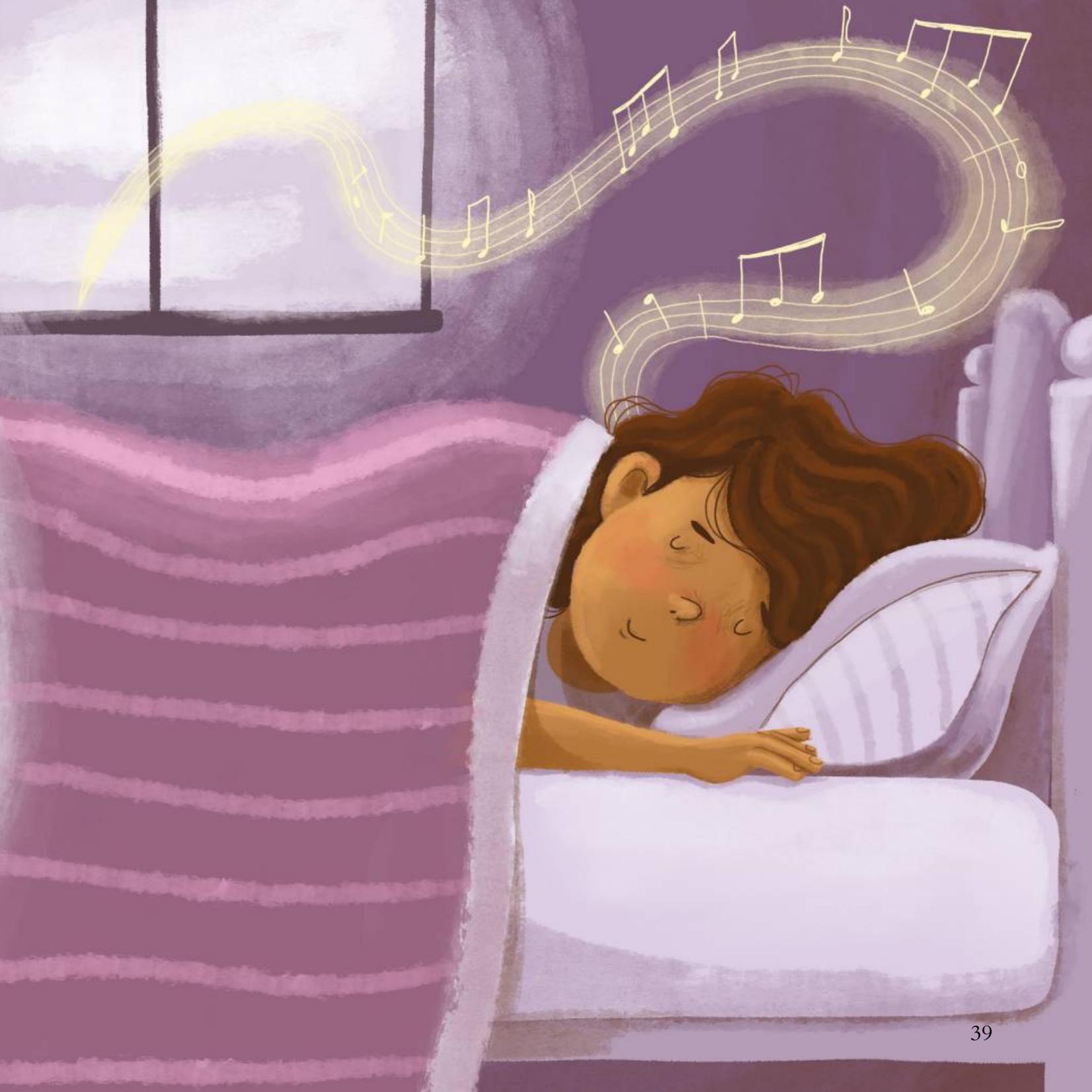
—Viva el voleibol —dijo el niño.

—Viva la música —dijo su amiga, nuevamente.

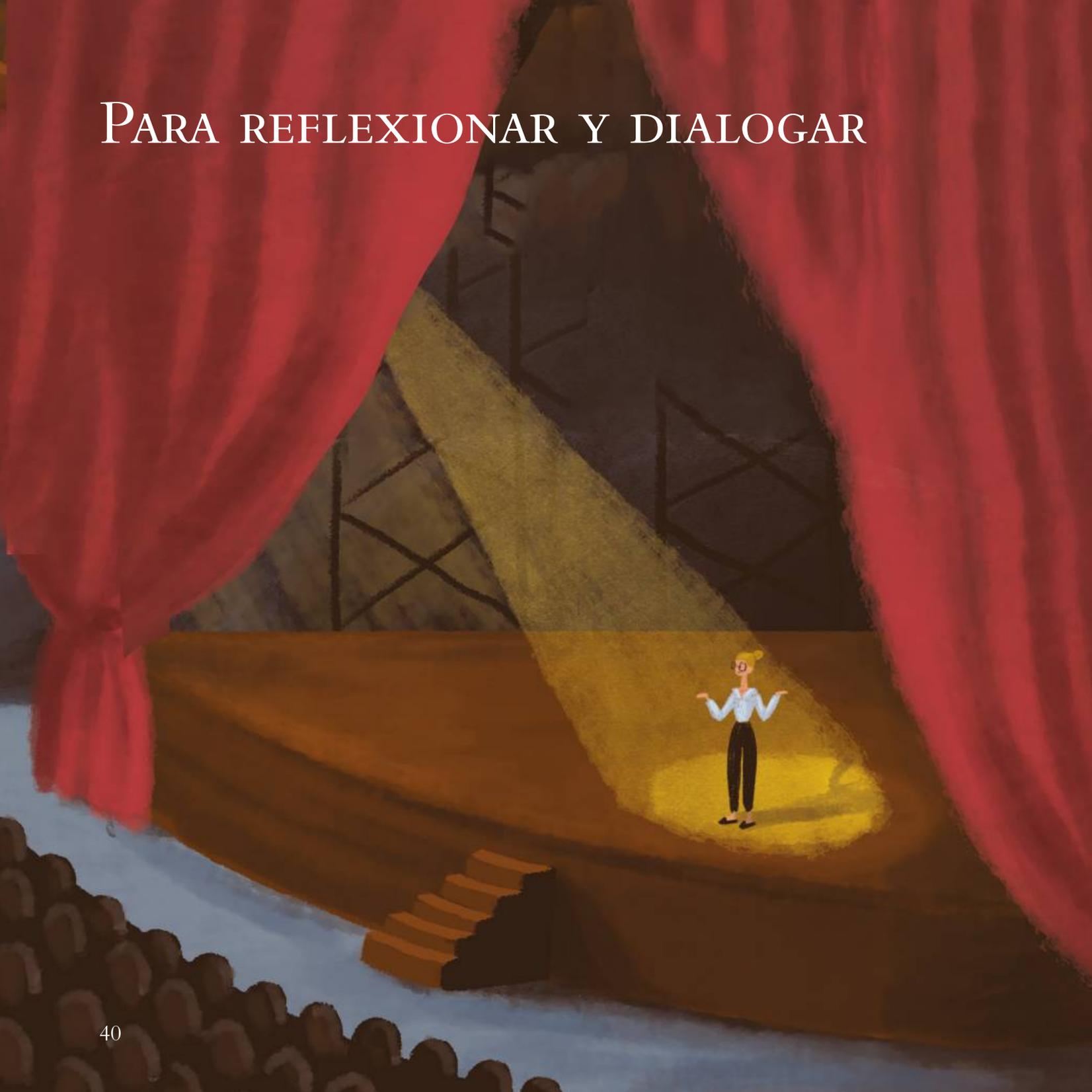
Esa noche, Rebeca volvió a despertar cerca de las doce. Ya no era una pesadilla, ni las lágrimas culposas que empapaban su pijama. Era algo en el aire, algo que fluía con las sombras de la hora. ¿Gatos en la azotea, el viento silbando? No.

Era el sonido de una flauta, eso le pareció, que flotaba afuera de su ventana. Sufrió un suspiro, pero no tuvo ánimo de levantarse y averiguar qué había detrás de la cortina. ¿Se trataba de una serenata? Era algo que semejaba la melodía legendaria de Paul McCartney, y que Rebe comenzó a canturrear escondida entre las cobijas: *Hey Jude, don't make it bad. Take a sad song and make it better...*

Entonces extrañó, como nunca, un buen remate desde lo alto de la red.



PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR



DIÁLOGO Y CONSTRUCCIÓN DE CONSENSOS

El ejercicio del diálogo hacia la construcción de consensos es indispensable para la vida democrática de una sociedad que busca organizarse para alcanzar el bien común.

La argumentación de las ideas, así como el respeto a las opiniones de las otras personas, debe valorarse y enseñarse entre las infancias como parte fundamental de su formación ciudadana. Para motivar la reflexión al respecto, en esta sección aportamos algunos elementos de análisis que se ejemplifican en diferentes momentos de la historia de *¿Mozart o voleibol?*

La escuela —escenario de este relato— ha recibido un terreno adicional y apoyo económico; ante estos nuevos recursos, hay diferentes opiniones para decidir cuál puede ser su mejor uso.

—Les tengo una buena noticia: el ayuntamiento de la ciudad ha decidido donarnos el terreno adjunto, quinientos metros cuadrados, para que ahí se construya una instalación complementaria para el desarrollo de las actividades deportivas, o artísticas, del alumnado. Y encima nos asignarán un fondo en metálico para costear la obra.

Así, el alumnado empieza a expresar lo que le parece mejor de acuerdo con sus gustos o necesidades. Una muestra de ello es la plática entre Rebeca y Antonio, quienes, a pesar de su gran amistad, no coinciden en sus ideas. Lo que se observa desde el principio es la dificultad que tienen las y los personajes para conversar sin descalificarse:

—Pues dirás lo que quieras, Rebe, ya sé que el deporte es muy bueno para la salud, pero el arte es importantísimo en nuestras vidas. Por eso creo que lo que necesitamos es un auditorio escolar para organizar un coro, una rondalla, una pequeña orquesta estudiantil... ¿Cancha de fut? ¡En cualquier esquina de la calle se puede echar una cascarita...!

Entonces ella le había gritado cosas horribles:

—¡Eres un aburrido, por eso sólo te gusta la música clásica! ¡Aplatanado!
¡Muñequito de porcelana! ¡Enemigo del deporte!

Este intercambio de opiniones no se está dando en un marco de diálogo democrático. En una verdadera sociedad democrática, las personas se esfuerzan por conocer a las demás y las escuchan cuando manifiestan sus opiniones, se expresan libremente, argumentan y explican sus puntos de vista; pero también toman en cuenta lo que el resto piensa.

Si consideramos que la democracia es una manera de vivir que se sustenta en el respeto a la dignidad humana, la libertad y los derechos de toda la gente que está en un espacio determinado, sucede que, en esta escuela, el estudiantado no está pensando en el bien común, pues desde una mirada individualista dejan de lado lo que es prioritario: el beneficio para la comunidad educativa en su conjunto.

—Es que lo del proyecto ése nos tiene muy nerviosos. Deporte, arte, ecología, como si fueran tres partidos políticos. Todos defienden sus intereses.

Y justamente, si todo mundo defiende de manera exclusiva sus propios intereses, no hay posibilidades de alcanzar el bien común, que es el anhelo de nuestra vida en colectivo y que no puede ser la suma de bienes individuales sino un bien indivisible que sólo se logra con la colaboración de todas y todos.

Ahora bien, participar quiere decir tomar parte en una situación. Para ello, es fundamental analizar las condiciones, expresar nuestra opinión y brindar propuestas para lograr las mejoras o los cambios que consideremos importantes. La participación es a la vez un derecho y una obligación de las sociedades en busca de su progreso; es decir, del bien común. Pero para que la participación en verdad sea constructiva, debemos asegurarnos de que entre todos los involucrados haya una escucha atenta, respeto a la diferencia y debate de verdaderas propuestas.

—Pues sí. En casa, mi hermano Luis y yo discutimos lo mismo. Supongo que es normal. No siempre se puede tener la razón, aunque hay que saber defender nuestras ideas —Toño estuvo a punto de sacar de la mochila su flauta, pero se contuvo—. Resulte lo que resulte, yo creo que será mejor que mantener ese terreno ahí como criadero de ratas.

El director subraya la importancia de la participación de toda la escuela en la decisión del proyecto, pero el entusiasmo de la comunidad por ser tomada en cuenta y de que sus propuestas ganen genera el desorden y se pierde de vista el objetivo que se ha de lograr:

—Orden... orden o viene el castigo. Ya saben: diez planas con la sentencia “Debo guardar equilibrio y concordia en todo lugar y en todo momento”.

De ese modo se hizo “la paz”, pero el conflicto no se había solucionado.

—Bueno —concluyó el director Ledesma—. Ya he tomado nota de sus inquietudes.

—Disculpe, señor director —se adelantó el profe Gumaro—. Es que esa novedad nos ha generado mucha inquietud. Y cada cual defiende su idea como si fuera la mejor del mundo.

Con frecuencia, las personas solemos estar en desacuerdo. Nos cuesta trabajo como sociedad buscar un consenso porque nos hemos dedicado a competir y no a cooperar. No siempre se construye un diálogo cuando hablan dos personas; si sólo una expresa sus ideas y la otra nada más escucha, se realiza un monólogo. Esto se refleja de nuevo en diferentes pasajes de la narración:

Ramiro Ledesma percibió que la asamblea se le iba de las manos. Había ocurrido lo peor. Todos gritaban, nadie escuchaba. Alzó nuevamente las manos y carraspeó varias veces.



—Ejem. Chicas, chicos, por favor.

El silencio volvió al recinto. Los invitados se miraban con asombro, complicidad y antipatía. Cada cual sus ideas.

—Veo que no podemos llegar a un consenso. Y así las cosas, pues el ofrecimiento del cabildo se perderá.

—¿Qué? ¡Cómo! —se oyeron gritos de protesta.

La acalorada discusión continuaba.

—Pues sí, muchachos. Mírense: unos descalifican a otros. Se ofenden, se insultan y ni siquiera tratan de entender las demás propuestas. “Como no piensas como yo, eres un imbécil”, pareciera ser la lección de esta asamblea. Así que, me parece, la daremos por concluida, a menos que logremos el consenso.

—¿Que logremos qué? —preguntaron todos.

—Con-sen-so, que significa que podamos escuchar todas las voces y nos pongamos de acuerdo, que tomemos en cuenta las diferentes opiniones y lleguemos a una propuesta con la que todas y todos estemos conformes.

La Real Academia de la Lengua Española define el diálogo como la plática entre dos o más personas que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos; y el consenso, como el acuerdo producido por consentimiento entre todos los integrantes de un grupo o entre varios grupos.



—Muy bien. Parece que hemos zanjado la discusión en sus términos más racionales. Y por lo visto tendremos un conjunto recreativo que elevará el nivel educativo de este centro escolar y de la comunidad entera, quiero suponer. Así damos por concluida la discusión, que ha sido muy productiva, y les doy las gracias por su colaboración...

Lamentablemente, en el Instituto Libertad compiten y se descalifican no sólo las y los estudiantes sino hasta el personal docente y directivo, que presentan también un comportamiento individual frente a lo colectivo.

—Voleibol y futbol se pueden jugar, de hecho, en el patio de recreo. Lo que necesitamos es un escenario para el gran teatro del mundo. Montar comedias y tragedias de Moliere y de Shakespeare, Eurípides, Antón Chejov, Óscar Wilde, Bertolt Brecht; *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca; *Luces de Bohemia*, de Valle Inclán; incluso *Rosa de dos aromas*, de Emilio Carballido —el muchacho estaba inspirado—. ¡El teatro es la vida y la vida no es más que teatro! ¿Videojuegos, voleibol, rock pesado? ¡Ésas son tonterías!

—Eres un necio, ¡a nadie le interesa el teatro! Quienes pretenden hacer teatro creen que se van a hacer famosos y salir en la televisión.

La competencia en una sociedad individualista, cuando se contrapone con las consideraciones de respeto a las otras personas, se convierte en una falsa virtud. Lamentablemente luchamos entre nosotros, en apariencia, para resolver lo colectivo, pero peleamos unos contra otros, desacreditamos e incluso ofendemos a quienes tienen propuestas diferentes. Volvamos al cuento:

—¡Estás loco! —le gritó Beatriz Arce—. Es la peor iniciativa que he escuchado en mi vida. Canicas... ¡Ya nadie juega a las canicas! Ahora es el tiempo del Internet y los videojuegos. Piensas como los niños del siglo pasado... canicas, balero, trompo. Esos

juguetes ya pasaron a la historia; no seas menso. ¡Lo de hoy es la *play-station*! Y eso es lo que deberían construir: una sala inmensa de videojuegos.

—Oigan a Bety la *nerd*... —murmuró Lalo Barberena—. ¡Cálmate, niña prodigio! La neta de la metaneta es el rock. ¡El *heavy-metal*, el *reguetton*, pues! Grupos como The Strokes, Flying Colors, Marilyn Manson, Deep Purple, Shame, Black Pistol, incluso Smashing Pumpkins... Así que lo que se debe construir es un escenario *punk* al aire libre. Un Woodstock a la mexicana. ¡El rock es *forever*!

En una comunidad no se trata de elegir A o B y, por tanto, defender una y descalificar la otra. Una discusión de esa naturaleza es sólo un concierto de monólogos. Es decir, que contraponer el gusto por la música o la preferencia por practicar deportes es una falsa disyuntiva. En cambio, el verdadero diálogo, a diferencia de la discusión infértil, busca edificar una sociedad cooperativa y solidaria en la que la construcción del consenso es justamente el mecanismo de avance.

En el consenso impera la contribución hacia un bien colectivo. Ciertamente, todas las personas implicadas deben ceder; pero, al final, la sensación de quienes participan es de optimismo, es un registro de fuerza sin riesgo de sabotaje, puesto que se trata de una construcción colectiva y paulatina de acuerdos.

En las votaciones, por ejemplo, a veces ganan unos y a veces otros. En los consensos todo suma y todo mundo siente que gana.

Afortunadamente, después de horas de discusión, Ana Zurita, una de las alumnas, hizo una propuesta incluyente que realmente representó



tanto el consenso de las múltiples y diversas opiniones y sugerencias como el que exista la posibilidad de comprendernos, de ver a las otras personas no desde una perspectiva propia, sino teniendo en cuenta sus creencias y opiniones encaminadas al bien común de su comunidad.

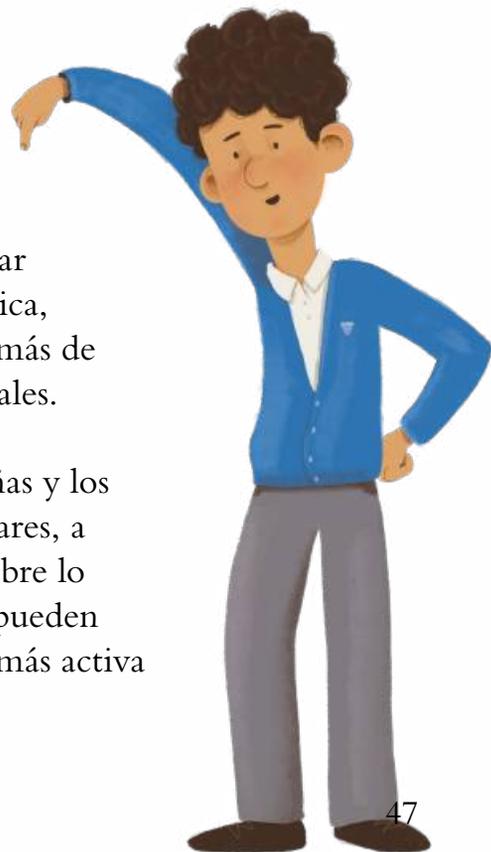
—Lo que creo, señor director, es lo que le dije la otra vez. Y creo que mi humilde propuesta concilia muchas de las ideas aquí expuestas con tanta... vehemencia —se permitió una sonrisa—. Pienso que sí se pueden aprovechar los espacios del predio que nos están ofreciendo, otorgando a cada propuesta su “cuota de razón”, por así llamarla. A ver si me explico...

Aunque posturas diversas se opongan entre sí (las deportivas contra las artísticas/sociales), en realidad pueden complementarse y formar parte de algo más complejo; los puntos de vista sí son susceptibles de ser complementarios.

Finalmente, en esta historia todo salió bien gracias a que, a través del diálogo, se llegó a un consenso en busca del bien común.

Todas y todos tenemos el derecho de ser, sentir, pensar y desear de manera diferente. Pero para fortalecer nuestra vida democrática, necesitamos alejarnos del individualismo y de los egoísmos, además de pensar en nosotros como parte de un colectivo, como seres sociales.

Con el fin de que esta historia resulte significativa para las niñas y los niños, invitamos a los adultos cercanos, como docentes y familiares, a disfrutar de la lectura y acompañarles a dialogar y reflexionar sobre lo que viven al respecto, además de expresar cómo imaginan que pueden interactuar mejor en su mundo cercano y participar de manera más activa en la vida democrática de nuestro país.





¿MOZART O VOLEIBOL?

La edición estuvo al cuidado de la
Dirección Ejecutiva de Capacitación
Electoral y Educación Cívica del
Instituto Nacional Electoral.



RENATA GALINDO nació en la Ciudad de México. Se formó como diseñadora gráfica pero su vocación es la ilustración. Ha colaborado como ilustradora en las editoriales El Naranjo, Santillana, Trilce, Castillo, Edebé, Scholastic y Planeta, por mencionar algunas. También ha sido creadora y directora de arte en estudios de animación como Cocolab, Hola Combo y Diecinueve 36. Su obra se ha exhibido en México, Inglaterra, Estados Unidos e Italia en las muestras de ilustración *Non Ditelo ai Grandi*, en la Feria del Libro de Bolonia, y *The Original Art Exhibition* en Nueva York, entre otras. Es autora de los libros álbumes *The Cherry Thief* (Child's Play International, 2014) y *My New Mom and Me* (Random House, 2016), así como de la novela juvenil *A casa en tres idiomas* (Porrúa, 2020).



A Rebeca le encantan los deportes y a Toño, su mejor amigo, le fascina la música. Ambos tienen ideas valiosas para aprovechar un terreno que ha conseguido su escuela con el fin de ampliar sus instalaciones. No son los únicos, pues hay más estudiantes que también quieren participar con distintas sugerencias, e incluso algunos docentes expresan sus propuestas con la mejor intención de ayudar. Sin embargo, la asamblea donde se tomará la decisión definitiva se pone tensa, pues cada quien cree que su idea es la mejor, sin pensar en el bien común de todas las personas involucradas.

¿Ganará el diálogo?

¿Qué propuesta será la elegida?

Este volumen forma parte de la colección **Árbol**, cuyo objetivo es contribuir a la cultura ciudadana de las infancias y juventudes, a través de atractivas historias que motiven la reflexión y la participación activa en la sociedad.